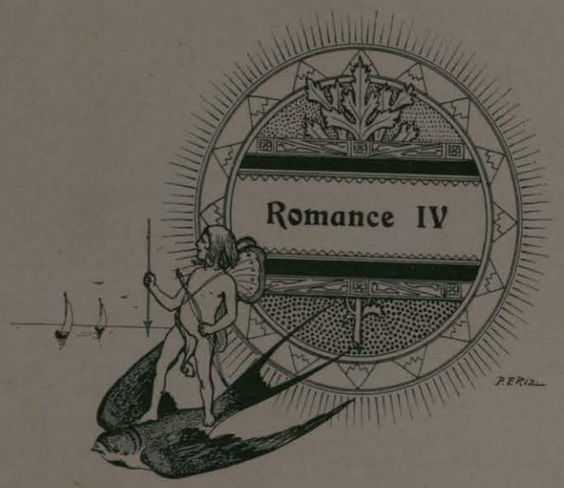
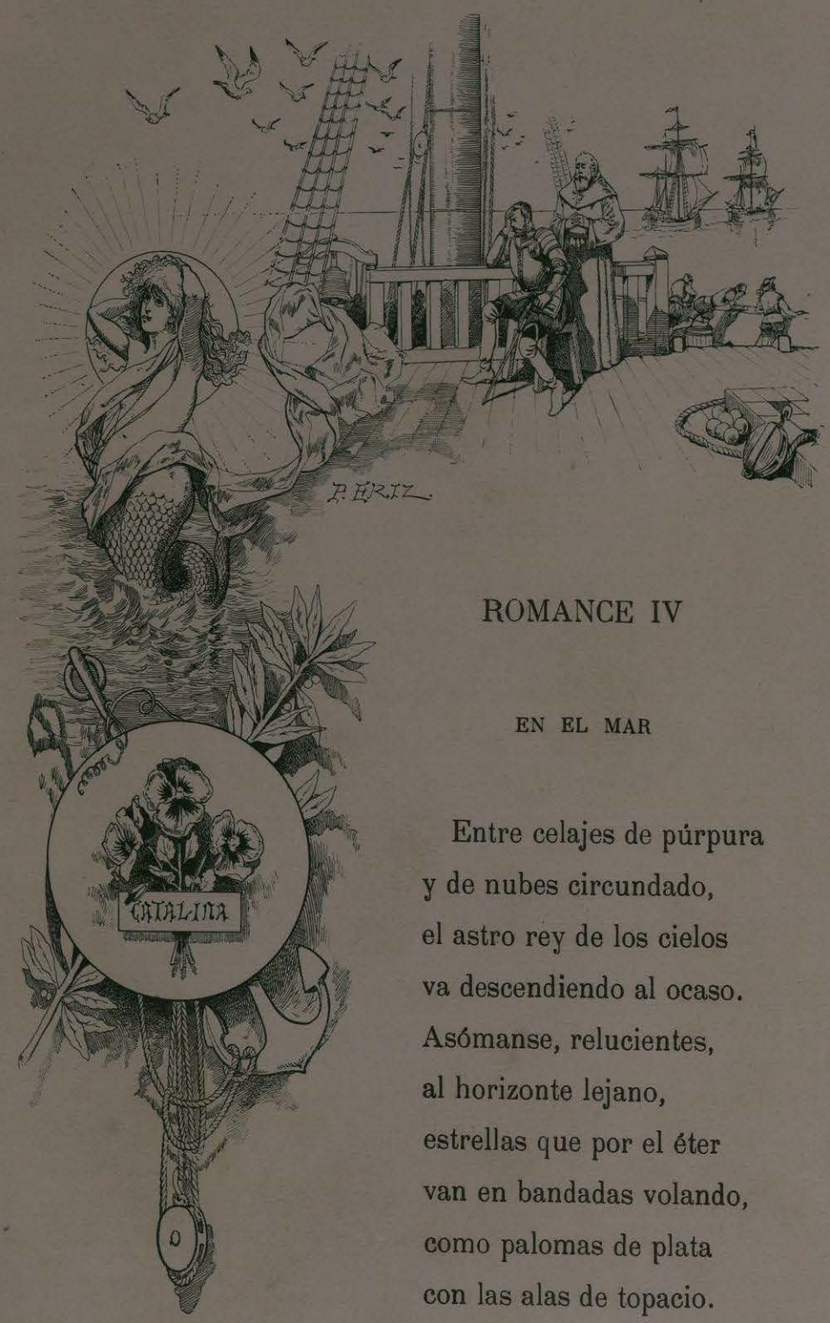

Romance IV

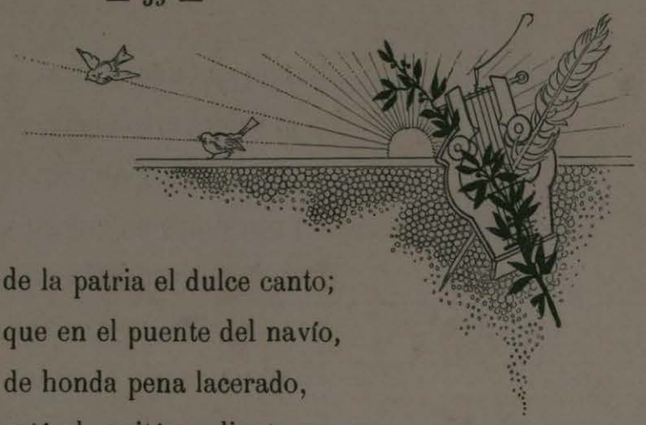


ROMANCE IV

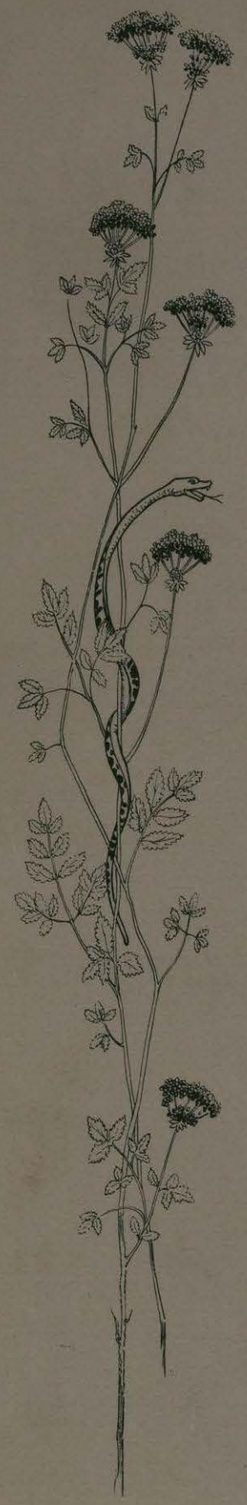
EN EL MAR

Entre celajes de púrpura
y de nubes circundado,
el astro rey de los cielos
va descendiendo al ocaso.
Asómanse, relucientes,
al horizonte lejano,
estrellas que por el éter
van en bandadas volando,
como palomas de plata
con las alas de topacio.

Manso el mar como un espejo,
la sombra va retratando
á medida que la noche
cubre de luto el espacio.
Blandas las olas se arrullan
con el céfiro liviano,
y sus murmullos parecen
suspiros de enamorados.
De pronto una línea blanca,
limpia y fugaz como el ampo,
abrió camino á la luna,
que sus luces desatando,
de franjas de plata rica
bordó de la mar el manto.
Como un pájaro dormido,
de claras brumas velado,
muellemente sobre el agua
descansa el buque de Hernando;
jarcias de oro le coronan
y anchas banderas de raso,
débil azote del viento,
pero de la mar espanto.
No en los mástiles ni gavias
para ayudar el trabajo,
alegre entona el marino



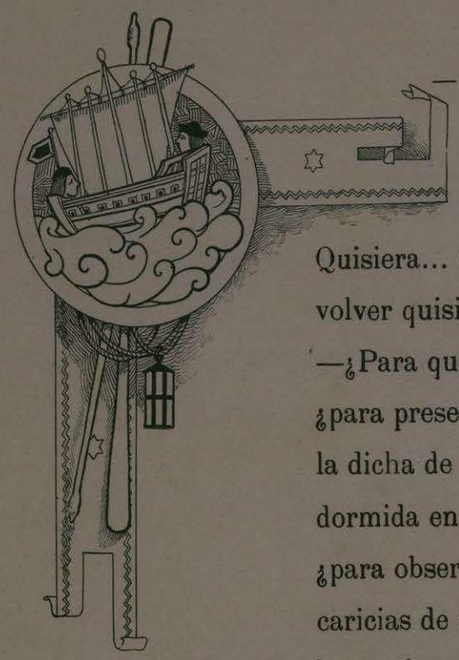
de la patria el dulce canto;
que en el puente del navío,
de honda pena lacerado,
está el capitán valiente,
tan galán como bizarro,
triste mirando á la luna,
refugio de desdichados.
Y es que ese globo luciente,
del cielo gigante faro,
es un punto donde llegan
en vuelo confuso y vago,
profundas quejas, lamentos,
húmedo vapor del llanto
de almas por amor deshechas
en imperceptibles átomos;
juramentos no cumplidos,
corazones en pedazos,
falsas y torpes creencias
y nubes de desengaños.
Por eso el noble mancebo
fija su vista en el astro,



testigo de tanta ofensa
como en el mundo encontramos;
y al tropezar una idea,
un pensamiento, que en vano
trabaja por arrojarle
de su cerebro volcánico,
lanzó un rugido espantoso,
y en medio del rostro pálido
brillaron dos meteoros
con rojo fulgor satánico,
hogueras que parecían
querer saltarse del cráneo.
Sobre el puño de la daga
posó temblante la mano,
y con acento profundo
clamó furioso: —¡Insensato!...
¡Sin pensar que tal noticia
pudiera ser un engaño!...
¡Necio que acepté la injuria
sin dar castigo al agravio!
¡Si Velázquez por amarla
tendióme inicuo este lazo!...
¡Oh!... ¡terrible pesadilla
que está mi pecho abrumando!...—
Acercóse humildemente

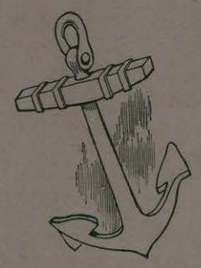
Juan Díaz, el licenciado,
y con mesura le dijo:
—¡Cómo ha de ser!... calma, hermano,
que el amor de las mujeres
es emanación del diablo.
Tan sólo el que en Dios se emplea
es el amor puro y santo;
rogadle vos que os acoja
bajo el paternal amparo.
—Dejad el sermón, buen Padre,

sellad por Cristo ese labio,
no tratéis de convertirme
que soy antiguo cristiano.
—Hijo atended...
—Basta, basta.
¿Qué entendéis vos, fraile honrado,
si está bajo la sotana
el corazón agostado?
¡Si supierais en qué fuego
se está mi pecho abrasando!...
¡Si vierais cuánto lastima
de la duda el débil rayo!...



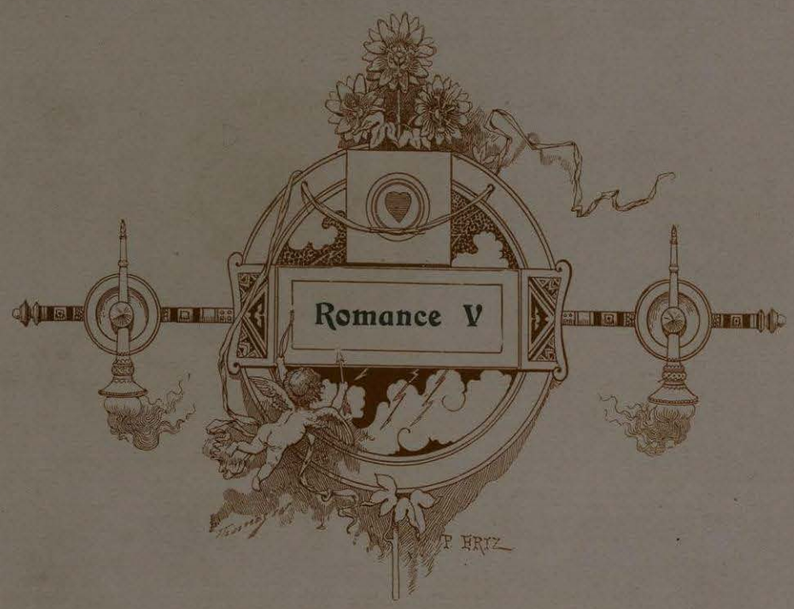
Quisiera... escuchadme, padre,
volver quisiera á Santiago...
—¿Para qué? dijo Juan Díaz;
¿para presenciar temblando
la dicha de Catalina
dormida en otro regazo?
¿para observar sus caricias,
caricias de desposados,
besos sin rumor, que queman
como los soles de Mayo?
—Callad padre, por mi vida.
¡Oh!... ¡no sabéis cuánto daño
me han hecho vuestras palabras!
—Y eso... Hernán, que aquí debajo
muerto el corazón descansa,
envuelto en mi tosco sayo:
y eso... que negras arrugas
han mi rostro maltratado;
y eso... que ya mis cabellos
del tiempo se han vuelto canos.
También mis serenos días
por amor se emponzoñaron;
también he sentido celos

y recuerdos muy amargos.
—Y de ellos padre ¿qué hicísteis?...
—Huyendo de sus halagos,
aquí los cerré, en el pecho,
y aquí todos se secaron.
—¡Fuerte habéis sido!
—Mancebo,
el hombre es rey soberano,
y á su voluntad de hierro
no hay quien se resista al cabo.
Los temores, los deseos
que un tiempo le dominaron,
cuando el hombre dice: ¡basta!
de su poder son esclavos.
—Pues ¡basta! padre, Hernán dice,
herido en su orgullo vano;
rey seré de mis pasiones,
yo las iré avasallando.
Levad anclas, marineros,
izad trinquetes, soldados,
que mucho en fuerzas se pierde
cuando descansan los brazos.—
Y cogiéndose del fraile,
erguido, arrogante y bravo,
amigos del puente bajan



y en el camarote entraron.

Entonces á vela llena
empezó á volar el barco,
que por medio de las olas
va de genios rodeado.
La *Fortuna* le conduce
La *Gloria* le va empujando.



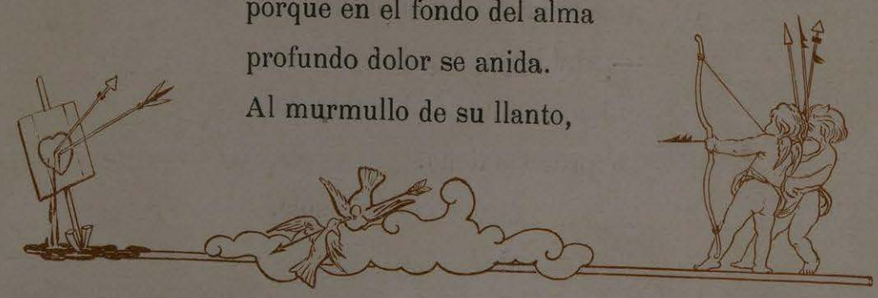
ROMANCE V

QUERELLAS DE CATALINA

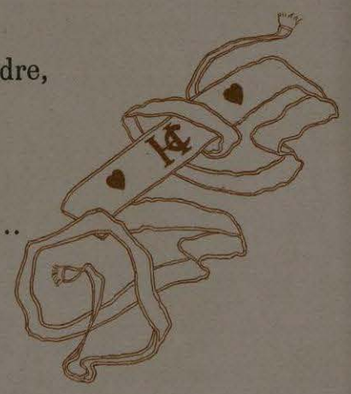
Con el cabello en desorden,
partido en leves sortijas,
que el viento de la mañana
con blando soplo acaricia;
con los ojos en el cielo,
con la mano en la mejilla,
raudales de claras perlas
llorando está Catalina.

En una tosca ventana
su pecho de nieve estriba;
¡lástima causa el mirarla!
¡lástima causa el oirla!
A la luz del sol que nace
parece una sensitiva,
que al influjo de los rayos
la blanca frente reclina.
Mustias las aves no cantan,
triste el viento no suspira,
las flores no dan esencias,
ni besos la dan las brisas.
También el alba llorando
con aljófar la rocía,
y el sol se viste de nubes
al ver su tez amarilla.
Las vecinas de la calle,
que por hermosa la envidian,
guardan las murmuraciones
porque la ven abatida.
Los galanes, que la rondan
de noche por las esquinas,
por aliviar sus dolores
el alma al diablo darían.
«¿Qué tendrá? preguntan todos,

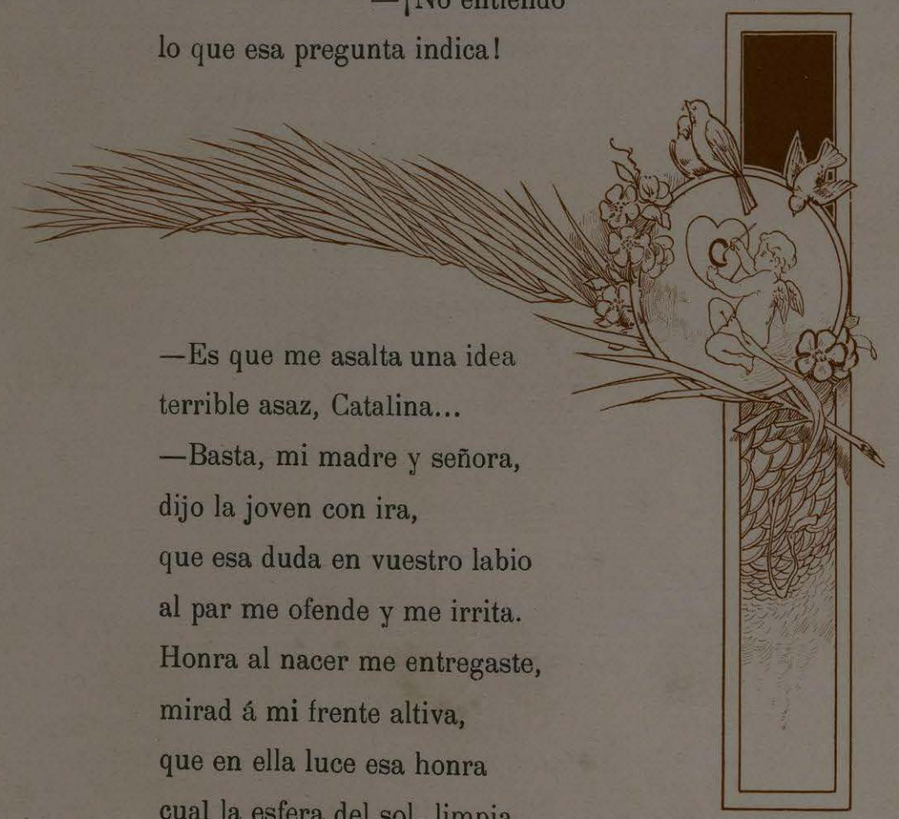
¿Qué tendrá la pobre niña,
que triste la halla la noche,
que triste la encuentra el día?»
Mas como razón no tienen,
y torpes no la adivinan,
callados y pensativos
todos juntos se retiran;
los galanes, pesarosos,
y llorosas, las vecinas.
Y es cosa que, bien pensada,
causa asombro y maravilla,
que donde mujeres viven
allí la sospecha habita.
Prueba que la que causaba
pena y aflicción tan vivas,
era cuanto noble, honrada,
y escollo de la malicia.
Entretanto de sus ojos
líquida plata destila,
porque en el fondo del alma
profundo dolor se anida.
Al murmullo de su llanto,



puesta en los mares la vista,
querellas de amor lanzaba,
querellas de amor plañía.
Sintióla llorar su madre,
en su regazo la abriga,
y afanosa la pregunta:
—¿Por qué ese llanto, hija mía?
¿quién te me enojó, mi alma?
¿quién te me ofendió, mi vida?—
Á tan sentidas palabras
los sollozos multiplica,
y dice: — Madre, mi madre,
la ingratitud me aniquila.
—¿Amaste?...
—Sí, y me abandonan.
—¿Juraste fe?...
—Sí, y me olvidan.
—¿Diste el corazón?...
—Sí, madre,
mas lo arrojan y lo pisan.
—¡Mal haya, zagala hermosa,
quien en amor de hombre fía!...
¿Y prendas tiene?
—Una sola.
—¿Una sola?

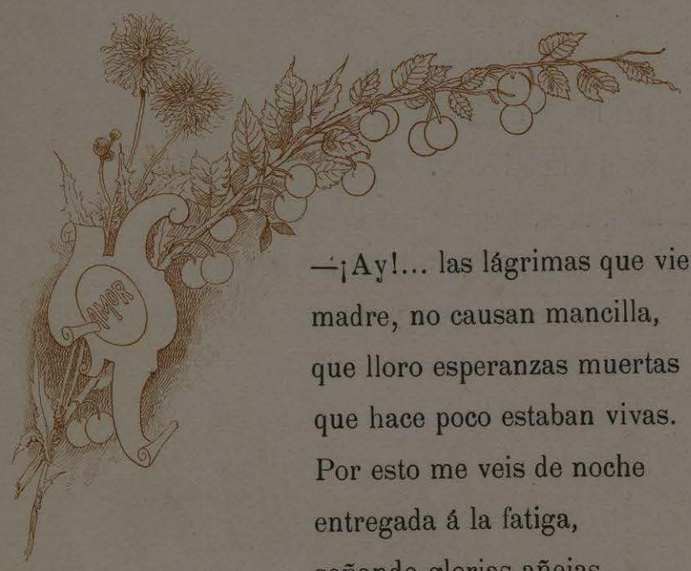


—Sí, una cinta,
en la cual bordé con oro
un corazón con mi cifra.
—¿Y nada más?
—¡No entiendo
lo que esa pregunta indica!



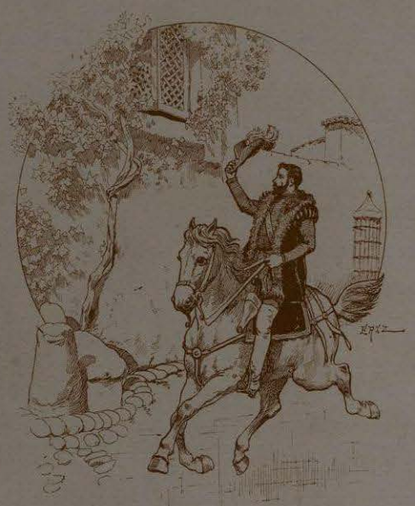
—Es que me asalta una idea
terrible asaz, Catalina...
—Basta, mi madre y señora,
dijo la joven con ira,
que esa duda en vuestro labio
al par me ofende y me irrita.
Honra al nacer me entregaste,
mirad á mi frente altiva,
que en ella luce esa honra
cual la esfera del sol, limpia.
—¡Oh!... perdón, flor de mi seno,
perdona esta duda impía,
que al verte llorar sin tregua,
juzgué verte escarnecida.

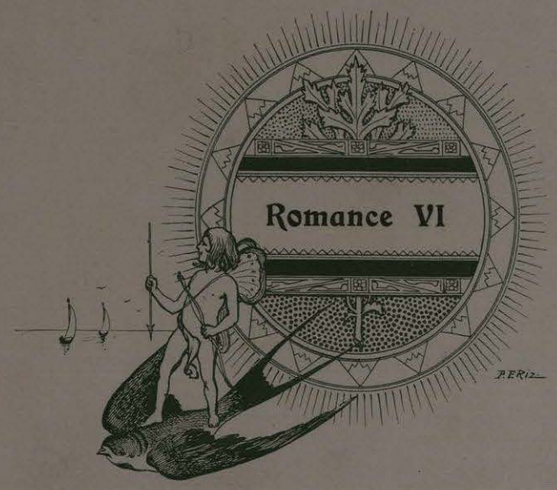
102000 6157



—¡Ay!... las lágrimas que vierto
madre, no causan mancilla,
que lloro esperanzas muertas
que hace poco estaban vivas.
Por esto me veis de noche
entregada á la fatiga,
soñando glorias añejas
soñando pasadas dichas.
Y en la cárcel de mi pena
estoy, madre, tan cautiva,
que el gozo se ha vuelto llanto,
y el gusto se ha vuelto acíbar.
No me mandéis que yo olvide
quien tanto dolor motiva,
porque bien viven las rosas
entre punzantes espinas.
—Vive con tu amor, zagala,
no temas que yo lo impida,
pero guárdalo en tu seno
antes que de mofa sirva;
que hay labios murmuradores

que, sin razón ni justicia,
dirán al verte llorando
que ha dado tu honor caída.
En esto Diego Velázquez,
que iba corriendo la villa
sobre un alazán tostado,
de los que la Arabia cría,
por saludar á la hermosa
sujeta al potro la brida.
Mas ella, que lo descubre
y sus favores esquiva,
de las pintadas persianas
entornó las celosías.




Romance VI
BERIZ

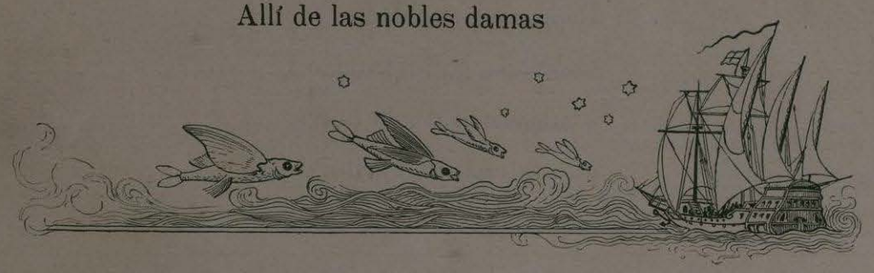
ROMANCE VI

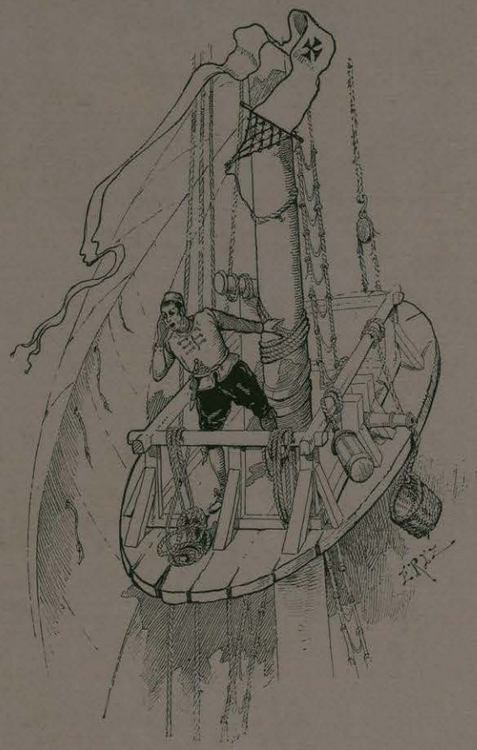
LA NAVEGACIÓN

Con buen aire van bogando
de Hernán Cortés los navíos,
y los mares con asombro
les abren fácil camino,
que planta más poderosa,
jamás doblegó su brío.
A los rayos que iluminan
tanta gala y tanto hechizo,
parece un ramo de flores
aquel mundo desprendido,
y el mar que lo reverbera,

ancho fanal cristalino.
Flámulas y gallardetes
vuelan del viento al capricho,
desvaneciendo la vista
con sus revueltas y giros.
¿Qué es mirar sobre cubierta,
tal apresto y atavío,
tanta cinta revolando
tanto lazo mal prendido?
¿Qué es ver relucir al lejos
tanto almete de oro fino,
tanto sombrero adornado
con plumajes y cintillos?
¿Qué es mirar tanto valiente
de bigote retorcido,
caminando á la ventura
y entregados al destino?
Que son bizarros y nobles
lo dicen sus apellidos;
y allí asoman sus semblantes,
cual si fuera un cuadro vivo,
Farfán, Mejía, Alvarado,

Pedro, González, Carrillo,
Morla, Pacheco, Mendoza,
Dávila, Ordáz, Alaminos,
Portocarrero, Grijalva,
Bernán Díaz del Castillo;
todos jóvenes y osados
para la gloria nacidos,
rayos que abortó en un día
la España de Carlos Quinto.
En medio de ellos descuella,
tan apuesto como altivo,
Hernán Cortés valeroso,
que nunca temió el peligro.
Unos de pie platicando
forman pequeños corrillos,
y mano á mano se cuentan
sus pasados amoríos.
Otros, casi recostados
en almohadones moriscos,
lances se dicen de guerra
que causa gozo el oirlos.
Allí de las nobles damas



se enseñan lazos y rizos;
aquí de robustos brazos
tajos, reveses y chirlos.
Los soldados que descansan
tienen las almas en vilo,
oyendo de un veterano,
que luengas tierras ha visto,
relaciones de valientes
y encuentros y desafíos,
cuentos de brujas tostadas
y lances de aparecidos.
Cantando van en las gavias
los entusiastas marinos,
que siempre de los trabajos
la voz compañera ha sido.
Así se pasaron días
entre zambra y regocijo,
hasta que al fin un grumete,
que iba en la gavia subido,
con acento vigoroso
que asustó al mar, *¡tierra!...* dijo.
Capitanes y soldados
alzáronse de improviso,
y alegres al ver la tierra
dieron unánime grito.

Y al punto, cual si estuvieran
al frente del enemigo,
las espadas desnudando
del sol mataron el brillo.
Hay quien dice y asegura,
porque esta jornada hizo,
que al pisar los capitanes
la playa, de Hernán seguidos,
del mundo que se encontraba
tembló el inmenso recinto.